
Teología de la misericordia

*Un diálogo cristiano-musulmán**

FELIX KÖRNER, SJ

«En nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso»¹. En Turquía, esta fórmula puede encontrarse incluso impresa en coches: encima del tirador de la puerta del conductor se lee con no poca frecuencia *bismillahirrahmanirrahim*, palabras árabes en alfabeto latino. Esta frase exhorta: no olvides pronunciar, antes de ponerte en marcha, la oración con la que depositas en las manos divinas todas tus acciones y sus consecuencias, la oración con la que llevas a cabo el rito de tránsito hacia la poderosa presencia de Dios y te colocas bajo

* Título original: «Theologie der Barmherzigkeit. Ein christlich-islamisches Gespräch».

1. Para las citas coránicas utilizamos la traducción española de Juan Vernet: *El Corán*, Círculo de Lectores, Barcelona 2002. En algunos casos, cuando la exposición del autor así lo requiere, introducimos ligeras modificaciones siguiendo la versión alemana citada [N. del T.].

la fuerza bendicidora de su nombre: «En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso». La fórmula figura ya en el Corán. Dios, el *Rahmān*: así se alude allí a él con mucha frecuencia: el Misericordioso. Pero ¿qué significa eso exactamente?

1. Amor arriesgado

A esta pregunta replicamos en primer lugar con otra: ¿a qué se refieren en concreto los cristianos cuando hablan de la misericordia divina?

Contestemos con una breve fórmula. La misericordia de Dios es su amor histórico, obsequioso, incluyente y, por ende, arriesgado. Es histórico en un doble sentido. La Biblia atestigua las «misericordias» de Dios, en plural. Muchos conocen el canto oracional de las *misericordias Domini* (cf. Sal 89,2). Se trata de las proezas misericordiosas que Dios realiza sin cesar en el curso de la historia de la salvación: las *rahamim*, como dice la Biblia hebrea. Se da testimonio de sucesos, pues los términos que utiliza la Sagrada Escritura para hablar de «misericordia» designan «no tanto el sentimiento cuanto la *demostración* del amor» (Rudolf Bultmann). Pero el amor de Dios es misericordioso además en otro sentido. Cuando los seres humanos no siguen sus caminos, Dios tiene un plan B: un nuevo profeta, un giro en los acontecimientos, una oferta sorprendente, una nueva alianza. Pues la misericordia es aquel amor que afronta constructivamente incluso el hecho de ser rechazado.

En segundo lugar, la misericordia es el amor obsequioso de Dios. Obsequioso porque, en vez de sostener marionetas que le rindan tributo, posibilita con generosa paternidad la vida autónoma; pero obsequioso también porque, con ese amor, Dios nos comunica su propia vida, su honor, su estilo de vida. Pues él no solo es misericordioso respecto a sus criaturas, sino que hasta les entrega su propia misericordia, con el fin de que puedan vivir como él.

De ahí que la misericordia divina deba ser entendida asimismo como amor incluyente. Reintegra a la comunión con él lo que se había apartado –o parecía haberse apartado– de ella. Su pueblo de testigos es refundado en la medida en que Jesús incorpora a él incluso a quienes –a los ojos de los que se consideran justos– no forman parte de dicho pueblo. De nuevo, podemos desarrollar la explicación en una doble dirección. La misericordia divina es incluyente en el sentido de que lo perdido es reencontrado; y lo extraviado, acogido con alegría. Pero también es incluyente porque Dios hace partícipes de su obrar a las criaturas. Por eso, Jesús no solo sana y reconcilia a personas sufrientes, sino que llama junto a sí a discípulos y los envía como testigos del incipiente reino de Dios, como transmisores autorizados de la buena nueva y su fuerza salvífica. El lema episcopal del papa Francisco plasma certeramente el amor incluyente: Jesús ve al publicano Mateo; la mirada de Jesús es al mismo tiempo misericordia y vocación, incorporación al pueblo de Dios e incorporación al proyecto de Dios: *Miserando atque eligendo*, «Mirándome con misericordia, me eligió» (Beda el Venerable, † 735).

Pero ahora se entiende también por qué la misericordia divina es amor «arriesgado». De tan generosa que es, resulta piedra de escándalo: ¿acaso no hay que estigmatizar con mayor claridad el sistema de opresión de los publicanos o recaudadores de impuestos, así como a los colaboradores de la administración romana? ¿Cómo puede uno aceptar la invitación a comer en casa de un jefe de recaudadores? Si uno quiere preparar al pueblo santo de Dios para el fin de los tiempos, ¿cómo permite que le lave los pies una prostituta conocida en toda la ciudad? La misericordia no puede por menos de ocasionar malentendidos. Pues no confirma el ideal de la observancia de las normas; antes bien, posibilita una renovada comunión tras haberse defraudado la confianza, frustrado las expectativas y transgredido la ley. La misericordia no solo puede ser malentendida; también es posible abusar

de ella. Cabe tomarla como excusa para permanecer apáticos en lugar de dejarnos conmover por ella. La arriesgada ambigüedad caracteriza desde el principio la actividad de Jesús; pero, según el testimonio del Nuevo Testamento, justamente así es como quiere actuar, obrar y transformar Dios. Tal es su misericordia: histórica, obsequiosa, incluyente y, por ende, arriesgada.

2. Nuestro Dios y vuestro Dios es uno

Pertrechados con una prenoción tan concisa como esta, podemos dirigir ahora la mirada al Corán y a sus ideas sobre la misericordia. Como ya hemos dicho, el Corán denomina a Dios «el Misericordioso» y lo hace, por cierto, con mucha frecuencia. ¿Cómo debe entenderse esto?

Cuando el Corán fue proclamado en la Península Arábiga en el siglo VII, hacía tiempo que en su entorno circulaba tal designación de Dios. La Biblia de Israel habla del Dios misericordioso: *el raḥûm*. Sin embargo, de esto no se puede concluir que el Dios que toma la palabra en el Corán sea misericordioso. El hecho de que se designe a Dios como «el Misericordioso» en modo alguno quiere decir sin más que Dios sea de hecho entendido o experimentado como misericordioso. ¿Cómo es eso posible?

Una inscripción aramea del siglo IX a.C. caracteriza a Hadad, el dios del tiempo como *rhmn*, o sea, como «el Misericordioso», *rahmān*. Por lo demás, este dios se llama también Ramon, el «Trueno». «El Misericordioso»: inicialmente se trata tan solo de un nombre, que no tiene por qué denotar aún atributo alguno; alguien que se apellide Rojo puede tener perfectamente el pelo negro. Y ahora se plantea, cómo no, la objeción: pero un nombre divino es más que un apellido, un nombre divino es programático. Sí, de acuerdo; pero un nombre divino como «el Misericordioso» puede obedecer a un propósito apaciguador, no tiene por qué ser

descriptivo. También el dios hindú Shiva se llama, si vertimos literalmente su nombre, «el que promete la felicidad» y es, no obstante, un dios destructor. Y las tres diosas griegas de la venganza, las Erinias, también son llamadas por precaución las «Benévolas»: Euménides. Desde el punto de vista de la historia de las religiones no es raro que una divinidad especialmente temida reciba un nombre especialmente benigno. Cabría hablar de un eufemismo desiderativo o de una fórmula aplacadora que aleja la desgracia. Así pues, de un nombre divino no se deberían inferir directamente atributos divinos.

También el Corán utiliza el nombre «el Misericordioso» (*ar-Rahmān*) primero como nombre propio. Aquí no resuena en absoluto la idea de que Dios deba demostrar también misericordia. Así, Abrahán puede pronunciar la conocida advertencia: «¡Padre mío! Yo temo que, procedente del Misericordioso, te toque un tormento y te conviertas en compañero del demonio» (azora 19,45). Aquí el Misericordioso no parece actuar demasiado misericordiosamente. El Misericordioso: ¿un nombre vacío? Con ello no estaría dicho todo, ni muchísimo menos, sobre la teología coránica de la misericordia.

El nombre de Dios *ar-Rahmān* no es un mero nombre que, ya solo con remitir inconfundiblemente a la realidad significada, cumple su servicio; en un nombre así, lo decisivo no es de hecho el significado de los vocablos. Pero el Corán asocia una y otra vez al nombre transmitido de *Rahmān*, «el Misericordioso», una segunda palabra, *rahīm*. Con ello, el Corán aclara: el Dios al que otros llaman desde hace tiempo el Misericordioso realmente es misericordioso. Eso es lo que ante todo quiere decir esa frecuente doble fórmula coránica y más tarde musulmana: *ar-Rahmān ar-rahīm*, que se suele traducir por «el Clemente, el Misericordioso».

No se trata, sin embargo, de una palabra que aluda a atributo alguno y que todo lo cambie. ¿Qué persigue el Corán con su mensaje sobre Dios? Quiere referirse al Dios de Moisés, al Dios de David, incluso al Dios de Jesús; quiere reconocer las

revelaciones acontecidas a través de estos personajes y situar a Mahoma al final de la sucesión de los profetas: «Creemos en lo que se nos ha hecho descender. Nuestro Dios y vuestro Dios es uno» (azora 29,46).

3. Inscrita en el alma

Pero ¿elabora el Corán una teología de la misericordia? Sí; y al igual que acabamos de hacer con la teología cristiana de la misericordia, es posible explicarla en cuatro planos. Para la teología coránica cabe proponer la siguiente fórmula abreviada: la misericordia de Dios consiste en su providencia, buena guía, indulgencia y ejemplaridad. ¿Qué se quiere en concreto decir con todo ello?

Dios nos provee con lo que necesitamos para la vida. Un ejemplo elocuente es la lluvia. En referencia a los seres humanos, de Dios se afirma en el Corán: «Él es quien hace descender la lluvia después de que sus servidores han desesperado. Él despliega su misericordia. Él es el Amigo, el Alabable» (azora 42,28). Ahora bien, la lluvia, que envía por delante sus nubes, no es solo la precipitación que posibilita la vida. La lluvia deviene también figura frente a la cual el oyente debe aprender a entender lo que, según la pretensión de Mahoma, acaece en el instante en que se proclama el Corán. Justo algo tan tenebroso como la borrasca y las nubes es lo que transmite la alegre noticia de que enseguida lloverá. El mensaje amenazante es el mensaje de alegría, la buena nueva. Los mensajes coránicos pueden sonar tenebrosos, pero lo que prometen es un alivio decisivo (cf. azora 7,57). Y cabalmente ese es el segundo plano de la misericordia divina, que exponemos a continuación.

Dios nos dice lo que espera de nosotros. Con ello, los seres humanos pueden, en primer lugar, hallar el camino recto y no emprenden, por tanto, una senda equivocada conducente a la muerte; de este modo, encuentran la orientación que les

satisface y les hace exitosos (cf. azora 93,8; 7,32; 9,28). Pero sobre todo Dios nos dice cómo tenemos que vivir para poder superar el juicio y alcanzar los placeres del paraíso. Esto, la comunicación divina que señala a los hombres la dirección correcta, es la «buena guía». Acontece con toda claridad a través del Corán; y el hecho de que Dios exponga sus criterios de forma tan diáfana y enérgica y, por ende, motivadora es una prueba de la misericordia divina. Pero la expresión «buena guía» alude aún a algo más. No es solo instrucción, palabra. La buena guía es también conducción del sujeto agente. Oigamos aleyas –esto es, versículos coránicos– que reflejan uno u otro significado. Con la instrucción tiene que ver la siguiente aleya; algunos de los primeros oyentes del Corán desean sustraerse al carácter vinculante de la buena guía. Argumentan así: la instrucción divina solo les ha sido dada unívocamente por escrito a judíos y cristianos; si nosotros hubiéramos recibido la misma revelación que ellos, habríamos devenido *eo ipso* «mejor guiados» que ellos, nos habríamos atendido a esa revelación con mayor fidelidad que ellos. El Corán, en cambio, afirma que el anuncio que ahora acontece es tan convincente, acreditado y fiable como las revelaciones precedentes y que con él quedan advertidos todos los oyentes, a los que además obliga: «No digáis: “Si se nos hubiese hecho descender el Libro, habríamos estado mejor guiados que ellos”. Os ha llegado una prueba manifiesta procedente de vuestro Señor, una dirección y una misericordia» (azora 6,157). Que Dios tome la palabra es, en consecuencia, su misericordia. Pero también la segunda acepción –la buena guía como misericordioso gobierno divino de los corazones– tiene puntos de apoyo en el Corán. Así, por ejemplo, el egipcio José sabe que «el alma... instiga al mal, excepto cuando mi Señor es misericordioso» (azora 12,53). En efecto, esto seguramente signifique que la misericordia de Dios es capaz de hacer reflexionar, de convertir incluso el mal deseo humano. José solamente logró resistirse a las tentaciones en la corte del faraón porque Dios, por misericordia, lo guio

bien. Sin embargo, no puede confiar uno en que Dios le guíe ya el corazón, de modo que sin intervención humana resulte posible querer y realizar el bien. El Corán es suficientemente realista para ver que los seres humanos también fracasan. Y entonces, ¿qué?

Dios nos perdona si nos arrepentimos. En ello consiste, tras la providencia y la buena guía, el tercer aspecto de la misericordia. Allí donde los cristianos, influidos por la traducción latina de la Biblia, hablan de «hacer penitencia» y donde en griego se utiliza un término que significa «cambiar de mentalidad», allí la Biblia hebrea dice gráficamente «darse la vuelta, regresar»: *tešubah*. Aquí nos encontramos con la plástica idea de que uno debe cambiar de dirección y dirigirse a casa junto a Dios. Esta idea la conoce también el Corán y la designa con un término emparentado: *tawba*. Nuestra conversión es el camino hacia el perdón divino; en efecto, la conversión es condición para el perdón. «El arrepentimiento ante Dios incumbe a aquellos que hacen el mal por ignorancia; luego se arrepienten. Dios les perdona, pues es omnisciente, sabio» (azora 4,17). A la conversión del ser humano le sigue la conversión de Dios. Inmediatamente después habla Dios en primera persona, asegura el Corán, y dice: «No hay perdón para quienes cometen malas acciones hasta el momento en que se presente a uno de ellos la muerte. Exclama: “¡Yo me arrepiento ahora!”. Tampoco tienen perdón quienes mueren mientras son infieles: a estos les hemos preparado un tormento doloroso» (azora 4,18). Pero de nuevo sería insuficiente presentar la misericordia divina como mera consecuencia de la conducta humana. Según el Corán, Dios encargó más bien al profeta Mahoma recibir con las siguientes palabras a los fieles que acudieran a él: «La paz sea sobre vosotros. Vuestro Señor se ha prescrito la misericordia. Quien de vosotros haga un mal por ignorancia, luego vuelva de su error y se reforme, será perdonado, pues él (Dios) es indulgente, misericordioso» (azora 6,54). Si en vez de «prescrito», se opta por una traducción más

literal, la frase resultante es muy bella: Dios se ha «inscrito la misericordia en el alma».

4. El ejemplo de Dios

Por último, misericordiosos pueden ser también, según el Corán, los seres humanos. Esto suena a trivialidad, pero no es tan obvio. Jesús nos exhorta: «Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso» (Lc 6,36). El Antiguo Testamento, sin embargo, es sumamente cauteloso a la hora de calificar a alguien de «misericordioso». «Misericordia» es en tan gran medida nombre de Dios que esta palabra no debe ser utilizada de modo inflacionario. A los exégetas de lengua inglesa se les oye decir con frecuencia que la Biblia hebrea afirma sin duda que los seres humanos pueden ser misericordiosos. Los biblistas de lengua alemana, en cambio, suelen negarlo. ¿Cómo es posible? Todo gira aquí en torno a un solo versículo, el versículo 4 del Salmo 112. La traducción alemana oficial, la de la *Einheitsübersetzung*, es muy parecida a la que encontramos, por ejemplo, en la Biblia de Nuestro Pueblo, que reza: «En las tinieblas amanece para los rectos el Piadoso y Clemente y Justo» (donde «clemente» equivale a «misericordioso»). Así lo entendió también Lutero y, antes de él, las versiones griegas y latinas de la Biblia. Por el contrario, la traducción inglesa estándar, de comienzos del siglo XVII, suena como si se hablara de un hombre misericordioso: *Unto the upright there ariseth light in the darkness: he is gracious, and full of compassion, and righteous*, «en las tinieblas amanece para el recto: es piadoso y compasivo y justo». Esta es la causa de las divergencias hasta hoy habituales. ¿Cuál es la posición del Corán al respecto?

El Corán pone en boca de Dios que los seguidores de Jesús son misericordiosos: «Luego hicimos seguir sus huellas a nuestros enviados: hicimos seguir a Jesús, hijo de María, al que dimos el Evangelio. En el corazón de aquellos que le

siguen hemos puesto compasión, misericordia y monaquismo» (azora 57,27). También de Mahoma se dice en el Corán que es misericordioso (cf. azora 9,128). Por último, los creyentes son exhortados asimismo a la misericordia indulgente, por ejemplo, para con sus parientes y correligionarios (cf. azora 17,24; 48,29).

Pero ¿qué relación existe entre la misericordia divina y la humana? Hay dos formas de relacionarlas. Una de ellas es recordando que todo hombre espera de Dios perdón: «Quienes, de entre vosotros, tienen el favor divino y bienestar... absuelvan y perdonen. ¿No queréis que Dios os perdone? Dios es indulgente, misericordioso» (azora 24,22). En consecuencia, los seres humanos deben actuar desde la experiencia de la misericordia anhelada o recibida como don, o también con la esperanza de obtener ellos mismos de ese modo la misericordia divina. En la aleya que citamos a continuación resuena –si se introducen algunos añadidos explicativos, como hizo el gran islamólogo y traductor del Corán Rudi Paret, catedrático de la Universidad de Tubinga– una forma distinta de relacionar la misericordia divina y la humana: «Si sois indulgentes, perdonáis y absolvéis, [seguís el ejemplo de Dios]. Dios es misericordioso e indulgente» (azora 64,14). Según esto, la misericordia humana no se demanda porque se confíe en merecer así la misericordia divina, sino para emular a Dios.

El Corán no se puede presentar, ciertamente, como un puro manifiesto a favor de la misericordia. El amor a los enemigos, ese revolucionario reto planteado por Jesús, no se contempla en absoluto en el Corán. Indulgentes con los correligionarios, combativos contra los increyentes: tal es seguramente una certera síntesis de la ética coránica (cf. azora 40,19). También Mahoma fue todo lo contrario de un pacifista. Las fuentes islámicas más antiguas no silencian que el Profeta tenía una faceta beligerante, incluso brutal. No obstante, el Corán contiene una teología de la misericordia bien documentada y desarrollable con naturalidad. Como ya se ha dicho, es posible condensarla

en una cuádruple caracterización: la misericordia de Dios consiste en su solícitud, buena guía, indulgencia y ejemplaridad para nosotros.

El diálogo cristiano-islámico sobre la misericordia puede desarrollarse sobre la base textual y conceptual así establecida. El resultado que se persigue no es poder determinar al final cuál de las dos religiones es más misericordiosa. Antes bien, los diferentes horizontes experienciales y tradiciones de formulación pueden plantearse recíprocamente preguntas que ayuden a avanzar.

5. El rey hace bello lo desagradable

El primero de tales interrogantes crítico es: si toda teología islámica de la misericordia está siempre oscurecida por sombras de violencia, ¿qué sentimiento vital pueden fundamentar, pues, los musulmanes con su tradición normativa? Está bien atestiguado un dicho de Mahoma, que él considera palabra de Dios, pero que no fue recogido en el Corán, sino transmitido luego como un relato relativo al Profeta. Para designar una formulación que reconocen como palabra de Dios fuera del Corán, los musulmanes utilizan el sintagma *ḥadīṭ qudsī*. La respuesta a la pregunta por el sentimiento vital textualmente cimentado solo nos la puede dar un famoso *ḥadīṭ qudsī*, según el cual Dios dice de sí mismo: «Mi misericordia es mayor que mi ira» (Buḥārī 50,17). El predominio de la misericordia se expresa, según la tradición, de la siguiente manera: ella «supera» o «vence» a la ira (*s-b-q* y *ġ-l-b*). De ahí no se sigue una alegría desbordante, aunque sí un sentimiento de seguridad.

Pero ¿existen también puntos de apoyo islámicos para una misericordia divina que no solo se les pone a las criaturas ante los ojos como ejemplo a imitar, sino que se les entrega, se les regala? Al respecto hay un bello dicho del Profeta: «Dios partió la misericordia en cien pedazos. Noventa y nueve de ellos los conservó para sí y a la tierra envió tan solo uno.

Gracias a este fragmento de la misericordia, las criaturas de Dios son misericordiosas unas con otras. Hasta la yegua se cuida de cocear de tal manera que no golpee a sus potros» (Buḥārī 78,19). Este *ḥadīṭ* lleva primero al oyente a una conmovedora contemplación de la conducta animal, pero luego guía la mirada hacia delante y la induce a dar un doble salto. Si ya esta yegua ha recibido la misericordia de Dios, ¡cuánto más no la llevaremos nosotros los hombres en nuestro interior! Y si el uno por ciento de la misericordia divina posee tamaña fuerza, ¡cuán enorme no será su fuerza estando completa! Así, el oyente es guiado desde el conmovedor asombro ante la pequeña y visible misericordia de las criaturas al conmovido asombro ante la inconmensurable e inabarcable misericordia divina y, en consecuencia, a la agradecida aceptación de la misericordia que ya le ha sido dada a su corazón.

Sobre la base textual del Corán habíamos llegado solamente a una comprensión de la misericordia que presenta a Dios como dispuesto al perdón siempre y cuando el pecador se arrepienta. Esto podría tenerse con razón por una actitud mezquina. ¿Reacciona Dios meramente al arrepentimiento? Del Creador cabría esperar quizá más inspiración, iniciativa, actividad propia. De ahí la pregunta: ¿fueron capaces tal vez los musulmanes, en tiempos posteriores y más sosegados, de llegar a partir del mensaje coránico de la misericordia, a una actitud más generosa? En efecto, la situación en la que se proclamó el Corán —temporalmente limitada y marcada además por un ambiente de acoso, lo que hizo que el mensaje de este fuera recibido bien con desinterés, bien con animadversión— estaba tal vez demasiado focalizada en la urgencia del llamamiento a la conversión como para hacer valer de manera adecuada la sorprendente misericordia de Dios. A la vista de la historia poscoránica puede decirse que esta intuición es certera. Existen posteriores testimonios islámicos sobre la misericordia que van más allá de lo que literalmente figura en el Corán. Actas de cadíes de la época clásico-otomana

prueban que, en asuntos de herencias, jueces musulmanes tomaban decisiones contrarias a la literalidad coránica con objeto de mejorar la posición de los descendientes femeninos. Esto, posiblemente, pueda generalizarse como sigue: quien está seguro de su identidad no necesita apuntalarla mediante referencias textuales de cortas miras, sino que es capaz de juzgar de manera humana, lo cual significa precisamente: con misericordia.

También los místicos islámicos reconocerán más tarde en la misericordia divina dinámicas que no aparecen de forma expresa en el Corán. Concedamos la palabra, para terminar, a dos sufíes clásicos. Lo que leemos, por ejemplo, de la pluma del místico persa Abū Sa‘īd ibn Abī l-Ḥayr, fallecido en el año 1049, no es una opinión particular extrema, aunque lo formula en el tono irónico y provocativo característico de los sufíes. En efecto, a estos les encanta utilizar frases que suenan a herejía con una intención pícaramente didáctica. Abū Sa‘īd llegó a decir: «La misericordia divina era tan grande que necesitaba pecadores» (*Tawḥīd* 287,7s). Esto suena como si Dios hubiera creado a los seres humanos por arrogancia: no quería sino poder demostrar a alguien su capacidad de perdón. De este modo, el pecar se convertiría de repente en un campo de actuación que Dios se crea a sí mismo para expresar una predisposición sumamente fuerte. Los discípulos de Abū Sa‘īd no podían, por supuesto, sino echarse a reír al escuchar dichos semejantes. Pero lo que se persigue no es hacer más entretenida la lección, sino comunicar una idea espiritual, a saber, que la misericordia divina es tan desbordante que deviene creadora y que nuestras acciones contrarias a Dios están envueltas por su querer y su poder. No debemos vivir medrosamente, sino asombrados ante la superior sabiduría divina.

Por último daremos la palabra al Mevlānā, que es el sobrenombre por el que se conocía a Yalāl ad-Dīn Rūmī. También él era persa, pero murió —en 1273— en la bíblica Iconio, la Konya de la actual Turquía. En su obra maestra puede leerse:

«La gracia del rey permite al alma buscar pecados, pues el rey hace bello todo lo desagradable» (*Masnawī* 2,336). Dios tiene la bondad de iluminar con su luz todo lo malo, que así resplandece. Hasta lo más prosaicamente humano se convierte en una obra maestra. Quien haya comprendido esto nunca más deseará ocultar a Dios su lado oscuro. Antes al contrario, presentará a Dios aquello en lo que ha fracasado. Rebuscará realmente en su conciencia para poder sacar de ella errores adicionales. Pues todo lo que Dios ve deviene sano, más aún, bueno; y por mucho que uno reciba de esta transmutación, de estos inopinados puntos culminantes de la propia vida, nunca resulta, por supuesto, demasiado.

Hemos considerado la doctrina cristiana de la misericordia a la luz de la doctrina musulmana de la misericordia y viceversa. Cuando dos interlocutores se exponen uno a otro sus propias convicciones con sinceridad, es de esperar que estas sean contempladas en ambos casos con una mirada reconciliadora, sanadora y misericordiosa.

Para seguir leyendo

Mouhanad KHORCHIDE, *Islam ist Barmherzigkeit. Grundzüge einer modernen Religion*, Freiburg i.Br. 2014².

Mouhanad KHORCHIDE, Milad KARIMI y Klaus VON STOSCH (eds.), *Theologie der Barmherzigkeit? Zeitgemäße Fragen und Antworten des Kalam*, Münster 2014.